

JOAQUÍN RUIZ-GIMÉNEZ EDUCADOR DE MUCHEDUMBRES

GREGORIO PECES-BARBA

CONOCÍ a don Joaquín Ruiz-Giménez en el curso 1961/1962, recién acabada mi licenciatura en Derecho. Como otros muchos jóvenes de mi edad dudaba sobre el sentido de mi carrera profesional. Por una parte mi padre (q.e.p.d.) me había ofrecido trabajar con él, en su despacho de abogado, que gozaba de un merecido prestigio. Por otra, me atraía la Universidad y empezaba a apuntar lo que sería mi vocación dominante. Yo había tenido en Derecho Natural como profesor a don Wenceslao González Oliveros, catedrático peculiar, que hacía compatible una militancia iusnaturalista con la presidencia del tribunal de represión de masonería y comunismo, y en Filosofía del Derecho, en 5.º Curso, a Legaz Lacambra, competente y serio pero que no levantaba entusiasmos precisamente. Por el contrario mis profesores de Derecho político habían sido Manuel Jiménez de Parga que comenzaba una carrera académica, y en 2.º Nicolás Pérez Serrano, el gran e inolvidable maestro que se jubiló con mi promoción. En ese confuso interés por el Derecho público, había ganado la brillantez de los profesores de Derecho político y yo estaba pensando en dirigirme a Sánchez Agesta para entrar a trabajar con él, que acababa de venir de Granada. Aunque esa intención inicial se frustró por mi contacto con Ruiz-Giménez,

siempre he guardado por Sánchez Agesta un afecto y respeto considerables y ha estado vinculado a diversas vicisitudes de mi vida académica. La vida me ha permitido constatar que aquella intuición inicial era acertada.

Sin embargo cuando estaba considerando aquella idea, en una reunión con mis amigos Javier Rupérez, Juan Luis Cebrián, Julio Rodríguez Aramberri e Ignacio Camuñas, este último me dijo que quizás podría interesarme conocer a un nuevo catedrático de Filosofía del Derecho, que acababa de venir de Salamanca y que, aunque había sido ministro con Franco, era persona muy liberal. Así tuve, por primera vez, idea de la personalidad de Joaquín Ruiz-Giménez. Tomé en consideración la sugerencia de Ignacio porque yo sólo había descartado la filosofía del Derecho porque no me atraían las personas que la enseñaban hasta la llegada de don Joaquín, pero en realidad la prefería al Derecho Político, donde por el contrario, fue la personalidad rica de quienes la impartían lo que me aproximó. Así que visité a principios del curso 1961/62 al profesor Ruiz-Giménez al que no conocía de nada y que me recibió con una gran deferencia y acogió mi pretensión favorablemente. Recuerdo que me dijo que en Madrid no tenía a nadie, que se había encontrado un viejo adjunto, Emilio Serrano Villafañe, y que estaba a punto de llegar de Bolonia un joven, con quien debería ponerme de acuerdo para ajustar mi colaboración con la Cátedra. Así conocí también a Elías Díaz, con quien mantengo desde entonces una fraternal amistad, que es para mí todo un privilegio.

Probablemente esa amistad y esa colaboración intelectual con don Joaquín Ruiz-Giménez fueron uno de los hechos más importantes de mi vida. Desde entonces don Joaquín fue como mi segundo padre, una persona que respeto y admiro y de quien he aprendido muchas cosas, en la vida real y en la Filosofía del Derecho. Algunos rasgos de mi personalidad hoy, sin duda, fijos y consolidados, los fui perfilando y matizando en contacto con

él y con su ejemplo permanente. Su sentido de la tolerancia, su comprensión, su buena fe, su respeto a las reglas del juego limpio, al cumplimiento de los compromisos y de la palabra dada, han sido referentes constantes para la forja de mis propios criterios en las relaciones entre las personas. En aquellos primeros años le acompañaba a muchos de sus viajes y escuchaba sus conferencias y sus coloquios, y también asistía en la Facultad de Derecho a sus clases. Desde octubre de 1963, es decir desde su fundación, le acompañé también en aquella hermosa aventura de *Cuadernos para el Diálogo*, luego en el Instituto de Técnicas Sociales, y en la inicial *Sistema*, que surgió en los mismos ámbitos intelectuales y con un marcado protagonismo de Elías Díaz que permanece hasta hoy. En mi etapa de portavoz del grupo socialista a finales de los años setenta contribuí a hacer posible la continuidad de *Sistema*, primero suscribiendo a todos los Diputados socialistas y más tarde contribuyendo a la transferencia de la Revista a la fundación que llevaría su nombre y que presidió Alfonso Guerra.

Solamente en una de sus actividades no seguí a don Joaquín, cuando el grupo que pensaba constituir, Izquierda Democrática, nombre que no es ajeno a mis sugerencias, se decantó en una opción democristiana. Ahí no estuve de acuerdo, e incluso me pareció un error. Mi experiencia de más joven había sido muy poco positiva. Participé en la reunión de los Molinos, donde nació la Izquierda Demócrata Cristiana de don Manuel Giménez Fernández, y aunque estimé y valoré mucho la rica personalidad y el testimonio del Catedrático de Sevilla, pronto comprendí que aquél no era mi sitio. Sólo estuve un poco más de un año, y nunca más volví ni siquiera a aproximarme a un grupo democristiano, pero sin embargo, todavía treinta y cinco años después, no he logrado quitarme ese «sambenito». Recuerdo incluso que algunos que en aquellos años al final de los sesenta, estábamos decantándonos del lado del partido socialista, le re-

prochamos a don Joaquín esa opción y le auguramos que de ahí no vendría nada bueno electoralmente en los comicios democráticos. No estaban los tiempos con Pablo VI y con el cardenal Tarancón, para esas confusiones entre lo laico y lo religioso. Mi propia posición retuvo a otros compañeros, que como Leopoldo Torres, Pedro Altares, Julián García Valverde, o Tomás Quadra-Salcedo se incorporarían al PSOE a partir de 1972-73. Perdió don Joaquín una oportunidad para hacer un grupo heredero del azañismo político, pese a lo dispar de las dos personalidades. Pero eso fue la excepción, en el resto de las actividades, compartí muy estrechamente más de quince años de mi vida, hasta que con las elecciones del 15 de junio de 1977, tuve que dedicarme a tareas políticas donde no estaba don Joaquín. Sentí mucho su fracaso en aquellas elecciones, como el de Bobbio, cuando se presentó en los años cuarenta en Italia por el partido de «Azione». Fue muy injusta la retribución de nuestro pueblo a una de las personas que más había contribuido con su acción y con su palabra a la llegada de la democracia a España. Quizás su lealtad a otros miembros del llamado «equipo demócrata-cristiano del Estado español», que le impidió integrarse en UCD, fue la causa de aquella dura sanción popular. A veces he pensado que si hubiera sido elegido diputado, hubiera sido el candidato ideal para la Presidencia del Congreso. Cuando yo la alcancé en 1982, sin duda rasgos de mi personalidad que debo a Joaquín Ruiz-Giménez fueron decisivos en mi elección con los votos de todos los grupos parlamentarios.

Después de nuevo y durante esa Presidencia mía en el Congreso de los Diputados, don Joaquín fue «Defensor del Pueblo», y tuve el honor de protagonizar mucho esa elección suya, tras un primer intento frustrado durante la legislatura anterior, por las dudas de UCD y Calvo Sotelo, pese a los buenos oficios del presidente Landelino Lavilla. El Defensor del Pueblo, como Alto Comisionado de las Cortes Generales, dependía del Presi-

dente del Congreso, y eso cambió, al menos formalmente, la anterior relación donde yo siempre dependí de él. Por aquellos años tomó conciencia don Joaquín de que yo seguía llamándole de «usted» y aunque pretendía que nos tuteásemos nunca lo consiguió. Tampoco Elías Díaz ha abandonado el tratamiento respetuoso para nuestro común maestro. Creo que esa forma de dirigirme sólo la he mantenido con otras dos personas. Don Enrique Tierno y don Mariano Aguilar, el maestro de los profesores de Internacional privado, y uno de los que más contribuyó también al éxito de *Cuadernos*. Me parecía imposible tutear a don Joaquín, quizás por un respeto esencial y una consideración sin límites, que yo significaba, entre otros signos más profundos, en ese externo y formal del saludo.

En una ocasión, siendo Defensor del Pueblo contesté a una carta suya en la que me solicitaba autorización para viajar fuera de España, siempre tan cuidadoso y tan atento. En ella inadvertidamente le trataba de tú, por un error de mi secretaria. Recuerdo que me llamó alborozado, diciéndome, por fin nos tuteamos. Inmediatamente le aclaré el error y le reiteré que en ningún caso se iba a producir ese evento, y mucho menos en una situación en la que yo ostentaba un ámbito de autoridad sobre él. En la actualidad seguimos con el «usted», que me parece un tesoro en una relación de amistad y de cariño sin límites, que ha perdurado sin ningún altibajo a lo largo del tiempo. En un tiempo de treinta y cinco años he aprendido a conocer a don Joaquín Ruiz-Giménez. Para la historia ese plazo no es nada, para la biografía de una persona es media vida, tiempo suficiente para atreverse a juzgar, aunque siempre con la cautela del misterio del alma humana.

Con esas precauciones creo que si alguna vez se hiciera un proceso de beatificación de don Joaquín, hecho que como creyente que es, seguramente le agradaría, aunque haría sin duda protestas sinceras de modestia, yo podría, si viviese, testimoniar

en ese proceso. Tengo tantos ejemplos vividos, tantos casos de su ejemplar comportamiento y de su santidad, acumulados, a lo largo del tiempo que yo solo, casi, podría inclinar la balanza en favor de ese reconocimiento. Como laico y no creyente, muy crítico con la Iglesia, siempre me ha admirado tanto su fidelidad a la misma, como el respeto, e incluso a veces el acuerdo, con muchas duras críticas que yo he formulado, a la Iglesia, a su prepotencia, a su inocencia histórica, a su capacidad de olvido, y a la arrogancia intelectual en la creencia de que posee la única respuesta correcta.

A veces su falta de respuesta a tantos agravios recibidos, a tantos insultos y agresiones, a tantas ofensas inmerecidas, me producía irritación, pero fui comprendiendo, que su silencio era también una opinión, que expresaba un distanciamiento de esa miseria y de esa indignidad que sufrió tantas veces a lo largo de su vida. Hoy con la Presidencia de Unicef España, con su trabajo profesional, con todas las actividades que mantiene, con más de ochenta años, su dignidad, su capacidad de entusiasmo, su esfuerzo y su interés por las personas y por las cosas, permanece inalterable, vivo y activo.

Atrás han quedado sus años de magisterio universitario, sus grandes intuiciones sobre las orientaciones futuras del conocimiento, como las que se derivan de su trabajo *Derecho y Diálogo*, su compromiso político, su pedagogía de la libertad. Podría heredar, sin duda, el apelativo que Morato, el biógrafo de Pablo Iglesias, le otorgaba: «educador de muchedumbres». Don Joaquín también lo ha sido y lo sigue siendo. Es probablemente la persona que durante el franquismo y después de él, más ha extendido y divulgado los grandes valores democráticos, y quien los ha defendido con mayor reciedumbre y entereza. Prácticamente en todos los grupos que se han sentado en las Cortes Generales hay personas, muy relevantes y significativas, que han colaborado con *Cuadernos para el Diálogo* y con «su hermosa

andadura» como él gustaba decir. Es una de las personas más mercedoras de un gran homenaje popular y de un reconocimiento por parte de las instituciones. España y los españoles le debemos mucho. Me enorgullezco de haber tomado la iniciativa, con una comida en la Universidad Carlos III con amigos de don Joaquín, para impulsar ese amplio movimiento de homenaje a su persona. Ahora ya funciona por sí mismo, y además de aquella contribución al pistoletazo de salida, mi reconocimiento se plasma en estas líneas, y en la iniciativa de todos los profesores de Filosofía del Derecho de mi Universidad de proponerle para un Doctorado «honoris causa», unánimemente otorgado por la Junta de Gobierno.

Quizás ahora arrecien y se multipliquen las iniciativas de todo tipo para reconocer el valor de la personalidad de Joaquín Ruiz-Giménez. Será justo y prudente, pero siempre insuficiente. Nunca le podremos pagar su esfuerzo individualizado, en tantas personas. Nunca uno solo hizo tanto por tantos. Por lo que a mí respecta, nada de lo que yo pueda hacer o decir será suficiente para equilibrar una balanza, incluida definitivamente a su favor por el peso de su generosidad y de su cariño.